

"notable alto". Presupuestariamente caro: treinta y seis millones "y sin subvención oficial hasta el momento, aunque esperamos que la habrá". Honesto hasta en su duración: más de dos horas y media... y sin embargo casi todo él sostenido a buen ritmo, merced, entre otras cosas, a una escenografía de Emilio Burgos, que atiende tanto a las necesidades de espectacularidad del musical como a la funcionalidad esquemática del sainete. Un espectáculo equilibrado que conjuga la experiencia contrastada de Margot Cottens y José Cerro en sus papeles tópicamente hispanos de "mamá" y representante fulero de la artista, con la moderna flexibilidad de actores-bailarines como Juan Carlos Martínez y Alberto Denis. Como equilibrio y seguridad ofrece un Paco Valladares, que revalida su asentamiento en el género, perfilando esa figura nueva, inevitable y económica, del galán-cómico-cantante, sucedáneo y mixtura de esos mismos personajes, antaño individualizados.

Mamá, quiero ser artista combina, en dosis razonables, la belleza con la teatralidad; la nostalgia y la ironía; el chotis y el "boogie-boogie"; el pasado y el presente. Es un camino, en suma; un esfuerzo desodorante sobre el recuerdo de aquella revista española a la que le "cantaban" los pies.

Y por si algo falla, para llenar cualquier amago de duda o de vacío, allí está ella, la artista, que en este caso es mucho más que una vedette. Concha Velasco. Una mujer que "pasa la batería", no ya por sus piernas —que también están bien—, sino por su dimensión profesional. Porque siempre tiene puestos esos sus ojos vivaces y chispeantes, un metro más allá de la pasarela. Que en eso todos coinciden: Concha Velasco —la aquí autobiografiada, pero menos— es un prodigio de respeto al respetable. Canta, baila, interpreta hasta la extenuación... y, sin embargo, da siempre la impresión de "pasárselo bomba", como ella dice. Y eso contagia.

"Ha sido un ejemplo para todos —reconoce Ángel Montesinos—. Desde el primer día que comenzamos los preparativos, en vez de ensayar, representó la obra". Es una locomotora. Y es que en realidad este era para Concha el "sueño de su vida": ser una artista así, una artista total, inclassificable... insólita por estos pagos. Es una mujer, además, a la que ahora mismo le cabriolea en los ojos la esperanza de haber dado, efectivamente, un paso adelante en la sugestiva historia de la revista musical española. Lo mismo que le ocurre a Ángel Montesinos: "Sí, cuando hicimos *Por la calle de Alcalá* —dice—, salieron un buen puñado de imitadores; espero que también ahora ocurra algo parecido... para que todo avance."

Al fin y al cabo, según el dicho decidero, seguramente de ellos, de vuestros imitadores, Ángel, serán vuestros defectos... si los hay.

CONCHITA,
CONCHA...
DOÑA CONCHA



Los muslos pasan pero los talentos no. Los talentos nacen, se cultivan, se desarrollan y... después de todo, dejan huella. Y esta es la senda recorrida por esta mujer —lozana aún y por siempre quizá— que empezó siendo Conchita, aquella chica "ye-ye". Que —transformada en Mariana Pineda, Santa Teresa o Mata-Hari— se ganó a pulso el respeto y el derecho a llamarse simplemente Concha. Y que con el tiempo entrará sin remedio en la venerable categoría del "doña Concha", donde podrá cumplir su sueño de ser la Celestina, Escarlata O'Hara o lady Macbeth. Va en directa, que esa es su fórmula.

De cómo llegar a ser UNA GRAN ARTISTA

J. L. V. M.

Verdaderamente este era el sueño de su vida y tenía prisa por encarnarlo cuanto antes, asegura Concha. Por eso, considerando las exigencias, presumiblemente anatómicas, del guión de toda revista, algún colega de la prensa hubo que puso en su boca un conato de ripio que explicaba picaramente estas urgencias: "Si hay que enseñar, tengo que enseñar ahora/que me queda un cuarto de hora". Se lo recuerdo a Concha y ella sonríe.

—"Es cosa de un buen amigo mío, un cachondo y un gran optimista. Porque en realidad no me quedaba un cuarto de hora, sino apenas tres minutos..."

Exagera. No le hagan caso. Concha Velasco, esta lozana vallisoletana —véase en el Calderón— es un prodigio de esqueleto todavía, lo que invita a sospechar que la lozania no es cuestión de años sino de vitalidad; y a Concha ésta le aflora como un manantial permanente por ese par de ascuas negras que Dios le ha dado por ojos.

—Además, tú no eres una vedette, Concha.

—"¡Qué va, qué va! Para nada. Por eso nunca acepté, aunque me lo ofrecieron alguna vez, hacer la típica revista. Mi sueño desde joven, era poder estar en un espectáculo de este estilo; no sé si éste exactamente, pero algo así. Yo quería ser una artista de estas características y por eso estudiaba ballet clásico... y anduve de chica de conjunto y tal. Lo que pasó es que luego la revista inició su decadencia y llegué a convencerme de que la comedia musical, por su alto coste, era casi un imposible aquí... Entonces mi carrera se orientó por otros derroteros, aunque si la repasas un instante, verás que está salpicada de intentos. Recuerdo un ejemplo, aquella comedia musical, *El cumpleaños de la tortuga*, que hice con Alberto Closas y que estaba muy bien; o la *Mata-Hari*, de Marsillach, que fue un buen fracaso. ¿Y sabes por qué? Simplemente porque el personaje no era nada español y ese hándicap, aquí en España, no lo salvaría nadie que no fuese Greta Garbo."

—En *Mamá, quiero ser artista*, por el contrario, se supone que el personaje sí es español.

—"Sí. Supongo que sí."

—Se supone que, quitando por ejemplo, ese coñazo de mamá, más propia de la Brooke Shields que de una muchacha de Vallado-

lid, la protagonista de la historia eres tú misma, Concha...

—"Bueno, bueno... aquí se han utilizado algunas anécdotas, pero mi biografía lógicamente es más seria y trascendental. Esto es pura ironía y caricatura. A mí, por ejemplo, no me resultó tan fácil llegar a ser artista, como a la chica esta. Mi vida no ha sido un camino de rosas, claro está."

O sea, que es menester contarla, o al menos esbozarla aquí, de otra manera. Concha la tiene relatada y escrita a borbotones —porque así es ella, un borbotón continuo— en mil recortes de prensa, que, "acaso es muy hortera, pero los guardo todos", dice. Así es que, por una vez, cabe aliviarla de la tabarra esa del "cuéntame tu vida" típico de todas las entrevistas. De nada, Concha.

Desde Pucela, al cielo

Nace en Valladolid. 1939. Padre, militar; madre, maestra de escuela. Desde chiquitita quiere ser artista y no para de proclamarlo a base de canciones de la "doña Concha" por autonomasia: Conchita Piquer. Insiste tanto que sus padres se vienen a Madrid. Estudia ballet, solfeo, declamación y canto en una humilde escuela —calle Arenal— de formación profesional, que cuesta tres duros al año. Primeros pasos, en las compañías de Manolo Caracol, Luisa Ortega y Virginia Matos, escondida tras el seudónimo ru-

boso de Lucrecia Velvar porque no quería quedar atrapada en el submundo de la bata de cola. Un peldaño más: Celia Gámez, la legendaria señora de la revista. Incluso en *Mamá, quiero ser artista* se le rinde la pleitesía de la voz en "off", como si de una todopoderosa se tratase. El momento y la circunstancia requieren, sin duda, un recuerdo en vivo de la propia Concha:

—“Sí, puede que ese mundo tópico de la revista y de las vicetiples resultase por lo general espeso, como dices, pero yo no lo viví así. Tuve la suerte de caer en una gran compañía, acaso en el último gran momento de Celia Gámez —*El águila de fuego*— y entusiasme con la belleza de las cosas que allí se hacían. Aprendí además algo que ha sido luego norma básica para mí: la disciplina. Es fundamental.”

La leyenda de Celia Gámez, pues, permanece intacta, aunque versiones hay por ahí de que la “diva” no le ayudó mucho a Concha Velasco. Le había ofrecido un puesto de tercera vedette, pero no cumplió. En esto que le tienta el cine con unos papelitos —*La fierrecilla domada*, *Muchachas en vacaciones*— y Concha coge las maletas, olvida por un momento sus ilusiones de bailarina y se va. Mientras rueda *Las chicas de la Cruz Roja* (25.000 pesetas, una fortuna), Tony Leblanc le propone sustituir a Nati Mistral en *Te espero en Eslava*. Es su primer éxito en el musical. El siguiente, *Historias de la televisión*, es minifaldero y popular y supone la primera imagen de Concha, entonces Conchita Velasco, que muchos españoles guardamos en esa nuestra memoria color no-do: la chica “ye-ye”, un “hit”, que da paso a un puñado de títulos cinematográficos más o menos insulsos: *La verbena de la paloma*, *Los gallos de la madrugada*, *Yo soy fulana de tal*, *Martes trece*, *Trampa para Catalina*, *Love feroz...* de las que Concha tampoco se arrepiente, porque estaba “en rodaje” y le rinden popularidad.

Pronto, sin embargo, se produce un segundo gran golpe de timón en su carrera: el teatro. Tras un papel corto en *La llegada de los dioses*, de Buero, la llama Tamayo para hacer *Abelardo y Eloísa*. Es el año 1972. Es el Premio Nacional de Teatro y a Conchita se le empieza a caer el diminutivo de su nombre artístico. Pedro Olea prepara *Tormento* y, ni corta ni perezosa, se presenta a él a pedirle el papel de Rosalía, una mujer mucho más vieja y más gorda que ella. Sus colegas le dicen que está loca, pero hoy, desde la perspectiva, barrunta que fue “la decisión más acertada que adopté a lo largo de mi carrera”. *Pim, pam, pum... ¡Fuego!*, repite cinta con Olea, y en el 74 estrena *Las citaras colgadas de los árboles*, de Gala.

En el 77 es Mariana Pineda, en *Las Arrecogidas*, de Martín Recuerda-Marsillach. En esto, se casa con Paco Marsó, a quien había conocido en el Teatro Español, siendo ella “doña Inés” y Paco un meritorio. Malaje: “Fue casarse conmigo y terminarse su carrera”, ha explicado alguna vez esta Concha sincera que lo cuenta todo: “O

sea, que nos llevamos divinamente mal”. Paco Marsó hace ahora mismo de productor en *Mamá, quiero ser artista*. Dos hijos. Y Concha es desde entonces una mujer que se reparte y multiplica entre los supositorios de sus hijos y la droga de las bambalinas. Punto y seguido.

Filomena Maturano, dirigida por Ángel Montesinos. 1978. Luego *Yo me bajo en la próxima... ¿y usted?*, con Pepe Sacristán y Marsillach. Le llueven los premios: El espectador y la crítica, el Mayte, el Naranja...

—“Yo para mis adentros —recuerda Concha ahora— me decía: esta obra, con un poco de

música sería perfecta... Era el gusanillo aquel del musical.”

Camino de perfección. En el 83 rueda con Josefina Molina para la televisión la vida de Santa Teresa, una mujer que, como Concha acaso, “vivió sin vivir en ella”, y pasaba también la batería, tenía “envío”. Una pura sangre. “Un personaje de esos —ha comparado Concha en ocasiones— que pueden matar a un actor, como *Sinuhé el egipcio* acabó con Edmund Purdom”. Para evitarlo, Concha da un respingo, *Mata-Hari*, un musical cuyo balance, ya se sabe, fue negativo. Aquella gran mentirosa, aquella espía, aquella prostituta no era un personaje español.

Y llegamos al anteayer como quien dice: *Buenas noches, madre*. Con Mary Carrillo. Un éxito, según el “chivato”. Pero ya está bien: suicidarse dos veces por día es demasiado. Ha sido una “jartá” de lágrimas; incluso ha vuelto a tener manchitas en los ojos de tanto llorar. Enferma estaba.

—“Y aunque es cierto que un personaje es un personaje y nada más —confiesa Concha—, la vida no es fácil para nadie, y sucede que a diario llegas al teatro con tus problemas y sales al escenario y allí se te agudizan, y vas añadiendo tensión a la tensión. Sí, estaba histérica.”



“Sé que soy excesiva, pero es que tengo una marcha...”

TRES PERFILES DISTINTOS y un solo actor. Valladares

Sosteniendo el tipo, una comedia de A. Paso —asegura Francisco Valladares— fue su primera oportunidad como protagonista profesional, y algo semejante viene a cumplir en su último papel: sostener el tipo de dos o tres tipos tradicionales de la vieja revista: el del galán, el del cantante y el del cómico. Tres perfiles distintos para un solo actor verdadero, que ha hecho de todo —desde teatro de vanguardia a teatro clásico, desde cine y doblaje, a radio y televisión— y que un buen día, transitando *Por la calle de Alcalá*, aterrizó en la revista y hoy se adentra por la aventura del musical.

—“Me gustó y resultó. Bien hecho, este es el género más difícil. Para interpretar un drama o una comedia, basta ser actor. Aquí, además, se necesita saber cantar y bailar... y trabajas con un “partenaire” imprevisible: el público. Para mí, pues, llegar al musical, es como subir un escalón profesional. Diríamos que cualquier actor es capaz de incorporar un personaje dramático, pero pocos actores dramáticos tienen la posibilidad de hacer un musical.”

Necesitarían al menos tres registros que Valladares desarrolla en *Mamá, quiero ser artista*: figura de galán, voz de cantante y una vis cómica, que los críticos le han

ponderado mucho a Paco en esta ocasión. No es el clásico “bufo”, por supuesto —“esto es más bien una comedia en la que intervengo a ratos”, precisa él— porque también Francisco Valladares comulga con la idea de “renovar el género” y concreta algunas aportaciones de este espectáculo: “la implicación de la canción española en la coreografía moderna; la ilación de las escenas a través de un argumento y un montaje conductor; la integración de las antiguas vicetiples y “boys”, hoy bailarines de escuela, en el juego de actores...”

Todo, según él, favorece una normalización del público de este género, que puede ahora asimilarse “al público habitual que acude a cualquier teatro”. Tres últimos momentos distingue Valladares en este proceso: “Celia Gámez, que trajo a las señoras a sus espectáculos; tras ella, la revista se pone de nuevo grosera y regresa a su viejo público específico. Hasta que llega Lina Morgan, entre salerosa y “blanca”, y ella es la que mantiene y recupera el género para todos los públicos”.

—“Desde luego —concluye Valladares—, aquel encanto cutre de la revista de los años 40-50, pensada para poner cachondo al personal, se ha perdido... en hora buena.”

Siempre en directa

Así es que Concha cortó por lo sano. Hizo un hatillo con esos tres talentos básicos que encuentra uno esparcidos en su biografía (la bailarina que siempre soñó ser, la cantante que fue y la estupenda actriz en que ha cuajado) y se decidió a contarlos en términos de lo que siempre quiso ser: una gran artista.

Amablemente, divertidamente. Obviando “las muchas lágrimas y las pequeñas tragedias íntimas”, que cabe leer en la letra pequeña de su vida. Y como siempre, Concha vuelve a “pasar la batería”, según la jerga. ¿Por qué?

—“Seguramente —cavila ella— es por mi entrega. Esa es mi mayor cualidad: que todos los días, lo mismo si hace sol que si caen chuzos, esté el teatro a tope o con cuatro filas, hago la función igual que la noche del estreno. No añado ni quito una coma... y eso a veces molesta, no creas. Y sé que soy excesiva, sí. Pero ¡es que tengo una marcha...!”

—Dicen que siempre vas con la directa metida.

—“Ja, ja, ja... Eso me decía siempre mi gran amigo Pepe Sacristán: que era difícil seguirme. Pero es que verás: el público, para mí, es algo concreto; no es nunca un concepto abstracto. Es un señor, un grupo de señores, que ha tenido el gesto de prestarme su atención, de sacar su entrada... alguien a quien no puedo defraudar, al menos conscientemente. Por eso —y no por ganar más o menos dinero— es por lo que, por ejemplo, decidí participar como empresaria en este espectáculo: